

PENÍNSULA

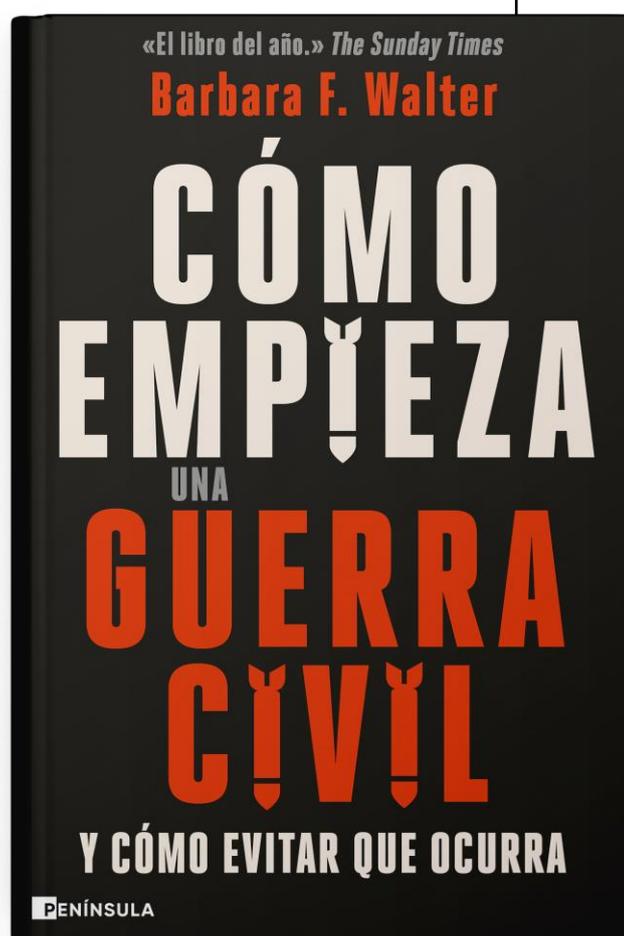
CÓMO EMPIEZA UNA GUERRA CIVIL

Y CÓMO EVITAR QUE OCURRA

BARBARA F. WALTER

CON EL MUNDO AL BORDE DEL CAOS, ¿PODEMOS PRONOSTICAR QUÉ PAÍSES PADECERÁN UNA GUERRA CIVIL? DESDE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA HASTA LA GUERRA DE IRAK, ESTE LIBRO DESETRNAÑA LOS FACTORES QUE CONDUCEN AL PEOR DE LOS CONFLICTOS.

A LA VENTA EL 2 DE ABRIL



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

En las dos últimas décadas, el número de guerras civiles activas en todo el mundo casi se ha duplicado. Barbara F. Walter ha estudiado conflictos civiles en lugares como Irak, España, Ucrania y Sri Lanka, pero ahora su mayor preocupación es Estados Unidos. En *Cómo empieza una guerra civil*, Walter analiza las señales de advertencia —dónde suelen empezar las guerras, quién las inicia, qué las desencadena— y por qué algunos países se inclinan hacia el conflicto mientras otros permanecen estables. Contra lo que suele pensarse, ni las autocracias ni las democracias consolidadas son los sistemas más vulnerables, sino los países en transición entre ambos. Y ese es el punto en el que se encuentran cada vez más territorios. Una guerra civil hoy en día no se parecerá a las del pasado. Comenzará con actos esporádicos de violencia y terror, amplificadas por las redes sociales. Nos tomará por sorpresa y nos hará preguntarnos cómo hemos podido estar tan ciegos. Esta obra redefine la guerra civil en el siglo XXI y nos proporciona el conocimiento para detenerla antes de que sea demasiado tarde.

Con el mundo al borde del caos, ¿podemos predecir qué países sufrirán una guerra civil? Basándose en investigaciones y lecciones de más de 20 países, Walter identifica factores clave como el retroceso democrático, el faccionalismo o la política del resentimiento. Hoy, una guerra civil no será como la de Estados Unidos en el siglo XIX, la de Rusia en los años veinte o la de España en los años treinta. Comenzará con actos de violencia y terror esporádicos, amplificadas por redes sociales. Saber cómo afrontar este peligro es crucial antes de que sea demasiado tarde.

LA AUTORA

BARBARA F. WALTER



es catedrática Rohr de Asuntos Internacionales en la School of Global Policy and Strategy de la Universidad de California en San Diego. Es una de las principales expertas mundiales en guerras civiles, violencia política y terrorismo. Además, es miembro permanente del Consejo de Relaciones Exteriores, asesora activa del Banco Mundial, las Naciones Unidas y los Departamentos de Defensa y Estado de EE. UU. En 2012 creó el blog «Political Violence» y escribe para *The Washington Post*, *The Wall Street Journal*, *Los Angeles Times*, Reuters y *Foreign Affairs*.

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

INTRODUCCIÓN

«Se plantearon asaltar el capitolio estatal, hacer rehenes a los legisladores e irlos ejecutando en el transcurso de varios días. También sopesaron la opción de bloquear las puertas del edificio y prenderle fuego con sus ocupantes dentro. Al final, como el edificio estaba tan bien protegido, urdieron un plan distinto: secuestrar a Whitmer en su residencia de vacaciones en el norte de Michigan en algún momento antes de las elecciones de noviembre de 2020. La trasladarían a un escondite secreto en Wisconsin, la juzgarían por traición y la asesinarían.⁷ Aquellos meses de agosto y septiembre se dedicaron a espiar el hogar de Whitmer al tiempo que buscaban un puente cercano para volarlo y distraer a las fuerzas de seguridad mientras ejecutaban su plan.⁸ Pero el FBI les seguía la pista.»

«La noche del 7 de octubre de 2020, los agentes federales pusieron un fin amargo a aquella trama: cuando un puñado de los conspiradores acudieron a una supuesta compra de armas, fueron arrestados. El FBI registró el sótano de Vac Shack y ejecutó órdenes de registro en más de una docena de ubicaciones. [...]»

«Tras los arrestos, los telediarios explicaron el verdadero propósito de los secuestradores frustrados. Y mientras que los dirigentes de Michigan, tanto demócratas como republicanos, condenaron el complot, el presidente Donald Trump criticó a Whitmer, tuiteando que «lo había hecho fatal» como gobernadora.¹¹ Por su parte, el propio Fox despejó cualquier duda acerca de los motivos de la organización. El juicio y la ejecución de Whitmer, explicaba en las grabaciones del FBI, tenían por fin inspirar a otras personas a perpetrar atentados similares. La revolución era inminente, y él y sus hombres provocarían un colapso social. «Yo lo que quiero es que el mundo resplandezca, tío — le dijo a un informante—. Y esto es lo que tenemos que hacer para recuperarlo.» [...]»

«La primera vez que leí algo acerca del plan de secuestrar a Whitmer en otoño de 2020 me alarmé, pero no puedo decir que me pillara completamente desprevenida. Encajaba en un patrón sobre el cual llevo décadas reflexionando y escribiendo. En los últimos setenta y cinco años ha habido centenares de guerras civiles, y muchas de ellas han empezado de un modo igual de siniestro. Como estudiosa y experta en guerras civiles, he entrevistado a miembros de Hamás en Cisjordania, a exintegrantes del Sinn Féin en Irlanda del Norte y a antiguos combatientes de las FARC en Colombia. He contemplado Siria desde la cima de los Altos del Golán en el momento álgido de la guerra civil en el país. He conducido por Zimbabue mientras el ejército planeaba dar un golpe de Estado contra Robert Mugabe. Me han seguido e interrogado miembros de la junta de Myanmar. Y he estado en el lado equivocado de la metralleta de un soldado israelí. Empecé a estudiar las guerras civiles en 1990, en un momento en el que había muy pocos datos con los que trabajar [...] Todo el mundo pensaba que su guerra civil era única y eso hacía que nadie detectara los factores de riesgo que aparecían una y otra vez, al margen de dónde estallara el conflicto.»

«[...] Los expertos de dicho grupo habían recogido datos sobre guerras civiles de todo el planeta y habían elaborado un modelo capaz de predecir dónde era más probable que se registrara inestabilidad. La idea de que investigadores pudieran predecir conflictos civiles era revolucionaria. Por eso, cuando en 2017 me ofrecieron incorporarme al Grupo de Trabajo sobre Inestabilidad Política, acepté sin pestañear. Desde entonces, prácticamente cada año he asistido a reuniones y conferencias con otros expertos y analistas en las que estudiamos la volatilidad

política en todo el planeta, como el potencial desmoronamiento de Siria o el futuro de los dictadores africanos, y planteamos maneras posibles de afinar aún más las capacidades predictivas de los datos que barajamos. Nuestro objetivo siempre ha sido anticipar la violencia y la inestabilidad en otros países para que Estados Unidos esté mejor preparado para responder. Sin embargo, a medida que he ido desempeñando esta labor, he constatado algo inquietante: las señales de advertencia por inestabilidad que hemos identificado en otros lugares son las mismas que en el transcurso de la pasada década he empezado a detectar en mi propio país, en territorio estadounidense. Por eso observé con tanta desazón los acontecimientos de Lansing, y también el asalto al Capitolio de la nación en enero de 2021. He visto cómo estalla una guerra civil y sé apreciar señales que a la gente corriente se le pasan por alto. Y ahora percibo la emergencia de esas señales en Estados Unidos, y a una velocidad asombrosa.»

«La guerra civil del siglo XXI presenta unas características que la diferencian de las guerras civiles del pasado. Ya no hay grandes campos de batalla, ejércitos y tácticas convencionales. En la actualidad, las guerras civiles se libran, sobre todo, entre grupos religiosos y étnicos distintos, y quienes combaten son guerrilleros y paramilitares, que a menudo atacan a civiles. Si se observa con atención, el episodio de Michigan presenta todos esos elementos.»

«Que un intento de secuestro por parte de unos extremistas de ultraderecha sea una señal de una inminente guerra civil puede sonar disparatado. Pero las guerras civiles actuales empiezan con justicieros de esta índole, con paramilitares armados que perpetran actos violentos directamente contra personas. En la actualidad, las milicias son un rasgo definidor de conflictos en todo el mundo. En Siria, los rebeldes contrarios al Gobierno estaban integrados por una mezcla de insurgentes y presos liberados que luchaban en paralelo al grupo extremista y violento del Estado Islámico (también conocido como EI e ISIS). Incluso la mayor facción rebelde de los primeros tiempos de la guerra en Siria, el Ejército Libre Sirio, era una amalgama de centenares de pequeños grupos dispersos, y no una organización con una dirección central. [...]»

«También analizaremos cómo pueden detenerse. Para que un conflicto haga erupción se requiere una acumulación previa de una serie de variables, como los vientos que acaban provocando una tormenta. A medida que mi preocupación por una posible segunda guerra civil en Estados Unidos ha ido acrecentándose, me he implicado personalmente en establecer qué puede aprender la ciudadanía de los expertos acerca de cómo desactivar esos vendavales y tempestades. Estos incidentes nos han dado una lección: hemos confiado, quizá durante demasiado tiempo, en que la paz prevalecerá por siempre. Creemos que nuestras instituciones son inquebrantables, que Estados Unidos es un país excepcional. Hemos entendido que no podemos dar la democracia por supuesta y que debemos comprender el poder que tenemos como ciudadanos.»

«Los zapatistas mexicanos tardaron tres años en acumular doce miembros y el grupo inicial de treinta adolescentes tamiles tardó seis años en constituir los Ti-gres Tamiles de Sri Lanka.¹⁹ Los líderes de Al Qaeda se refugiaron con las tribus del desierto de Malí durante años antes de unirse a la rebelión del país. En cambio, ahora parece haber indicios por todas partes. A los estadounidenses ya no les sorprende ver a hombres armados en las manifestaciones y a grupos paramilitares convergiendo en protestas. Ya es habitual ver banderas confederadas a la venta en los comercios de Pensilvania, o banderas estadounidenses con una delgada línea azul* e insignias de todo tipo. Y estamos empezando a entender que las pegatinas en los parachoques con un círculo de estrellas alrededor del número romano III, el valknut o nudo de la muerte y la cruz céltica no son símbolos inocentes, sino emblemas de grupos de milicianos de la extrema derecha estadounidense que cada vez devienen más visibles, vociferantes y peligrosos.»

EL PELIGRO DE LA ANOCRACIA

«Pero habían llegado los estadounidenses y, ocho meses después de que ciudadanos iraquíes derribaran la estatua de Sadam, soldados americanos hallaron al atemorizado dictador oculto en una madriguera a dos metros y medio de profundidad cerca de su ciudad natal, Tikrit. Estaba sucio y parecía confuso. Con Estados Unidos al mando, la mayoría de los iraquíes creían que su país renacería y que disfrutarían de la libertad y las oportunidades disponibles en los países occidentales. Las familias soñaban con vivir en una verdadera democracia. El Ejército y, quizá, la Judicatura se reformarían. Se pondría fin a la corrupción. [...]»

«Apenas dos meses y medio después de la invasión, los iraquíes se congregaron en facciones sectarias rivales, en parte por culpa de dos decisiones fatídicas del Gobierno estadounidense. En un intento por imponer una rápida democratización del país, Paul Bremer, el administrador al frente del Gobierno de transición estadounidense en Irak, ilegalizó el Partido Baaz y ordenó apartar del poder a todos los miembros del Gobierno de Sadam Husein, en su mayoría suníes.³ Y, a continuación, desmanteló el Ejército iraquí y envió a centenares de miles de soldados suníes a sus hogares. De súbito, antes de que pudiera formarse un nuevo Ejecutivo, decenas de miles de funcionarios del Baaz fueron despojados del poder.⁴ Más de 350.000 oficiales y soldados del Ejército iraquí se quedaron sin ingresos. Y más de 85.000 iraquíes civiles, incluidos maestros que se habían alistado al Partido Baaz como condición indispensable para tener un empleo, se quedaron en el paro. Noor, suní, recuerda la sensación de conmoción en todo el país. Por su parte, quienes habían quedado relegados del poder bajo el imperio de Sadam vieron su oportunidad de oro.»

«Los ciudadanos corrientes, en especial los suníes, empezaron a preocuparse. Si los chiíes, más numerosos, se hacían con el control del Ejecutivo, ¿qué les impediría volverse en contra de la minoría suní? ¿Qué incentivos tendrían para darles empleo o para compartir los ingresos del petróleo, esenciales para la vida? ¿Qué les impediría clamar venganza por los crímenes pasados de Sadam? [...] No les costó encontrar reclutas en ciudades suníes y en el mundo rural iraquí, de predominio también suní, donde los ciudadanos se sentían cada vez más agraviados política y económicamente.»

«[...] El objetivo de los insurgentes era socavar o eliminar el apoyo a la ocupación de Estados Unidos y aislar al ejército norteamericano. Fue más tarde cuando los insurgentes empezaron a atacar a las tropas americanas, plantando bombas baratas pero muy efectivas en los márgenes de las carreteras, a lo largo de importantes vías de suministros. Cuando Sadam Husein finalmente fue capturado, en diciembre de 2003, había estallado ya una guerra de guerrillas.»

«El ejército estadounidense había tardado solo unos meses en derrocar a Sadam Husein y encaminar a Irak hacia la democracia. Pero, prácticamente con idéntica celeridad, el país había sucumbido a una brutal guerra civil que se prolongaría más de una década. Como la estatua derribada del dictador, todas las esperanzas de Noor — de tener más libertad de expresión, nuevos derechos y nuevos sueños— habían quedado hechas añicos.»

«Los ciudadanos de las democracias liberales tienen más derechos civiles y políticos que quienes no viven en democracia. Participan más en la vida política de sus naciones, están mejor protegidos frente a la discriminación y la represión, y reciben un mayor porcentaje de los recursos estatales. Además, son más felices, más ricos, cuentan con una mejor educación y, por lo general, tienen una esperanza de vida superior a la de las poblaciones que viven bajo dictaduras. Ese es el motivo que impele a los refugiados a arriesgar la vida para llegar a Europa, huyendo de los países más represivos de Oriente Medio, Asia Central y África. Y también es el motivo por el que el presidente Bush, tras invadir Irak, estaba convencido de que Estados Unidos

establecería «un Irak libre en pleno corazón de Oriente Medio» e inspiraría «una revolución democrática global».

«Un sistema de gobierno democrático presenta otra gran ventaja. Las democracias plenas corren menos riesgo de entrar en guerra tanto a nivel interno como con las ciudadanías de otras democracias. Puede haber discrepancias en la forma que adopta la democracia, y la necesidad de consenso y compromiso puede generar frustración en la población. Pero, ante la disyuntiva entre democracia y dictadura, la mayoría optará sin dudar por la democracia.¹³ Con todo, el camino hacia la democracia está sembrado de peligros. Cuando estudiosos de todo el mundo comenzaron a recopilar datos sobre guerras civiles, a principios de la década de 1990, apreciaron una correlación interesante: desde 1946, justo después del final de la Segunda Guerra Mundial, el número de democracias en el planeta se había disparado, pero también el número de guerras civiles.¹⁴ Parecían aumentar en tándem. [...]»

«Las guerras civiles aumentaron en paralelo al número de democracias. En 1870, prácticamente en ningún país se estaba librando una guerra civil y, en cambio, en 1992, había más de cincuenta conflictos en curso. Serbios, croatas y bosnios (bosnios musulmanes) se enfrentaban entre sí en una Yugoslavia en proceso de fragmentación. Grupos rebeldes islamistas se alzaban contra el Gobierno en Argelia. Los dirigentes de Somalia y el Congo de súbito tuvieron que hacer frente a múltiples grupos armados que desafiaban su poder, tal como ocurría con los Gobiernos de Georgia y Tayikistán. Y al poco, los hutus y los tutsis estaban masacrándose mutua-mente en Ruanda y Burundi. A principios de los años noventa, el número de guerras civiles en todo el mundo había alcanzado su punto álgido en la historia moderna. Al menos, hasta entonces. En 2019 se registró un nuevo pico.¹⁷ [...]»

«Resulta que uno de los mejores factores de predicción para determinar si un país experimentará una guerra civil es si avanza hacia la democracia o se aleja de ella. Sí, la democracia. Los países casi nunca pasan de una autocracia total a una democracia plena sin una complicada transición intermedia. Los intentos de los mandatarios de democratizar un país suelen conllevar un retroceso importante o un estancamiento en una zona media pseudoautocrática. E incluso si la ciudadanía logra imponer una democracia plena, sus Gobiernos no siempre la mantendrán. Los déspotas en potencia pueden recortar derechos y libertades y concentrar el poder, provocando un debilitamiento de las democracias. Hungría se convirtió en una democracia plena en 1990 antes de que el primer ministro Viktor Orbán encauzara al país, de manera paulatina y metódica, hacia una dictadura. Es en esta zona intermedia donde suelen ocurrir la mayoría de las guerras civiles. [...]»

« Los expertos hemos visto este mismo patrón en todo el mundo en el último siglo. Los serbios entraron en guerra con los croatas casi inmediatamente después de que Yugoslavia empezara a democratizarse en 1991. Y lo mismo ocurrió en la España de la década de 1930: los ciudadanos españoles cataron la democracia por primera vez en junio de 1931, tras la celebración de sus primeras elecciones democráticas; cinco años después, esos mismos ciudadanos se sublevaron cuando los militares dieron un golpe de Estado para intentar hacerse con las riendas del país. Y el plan para la democratización de Ruanda fue el catalizador para el genocidio de los tutsis perpetrado por los hutus. No es ninguna coincidencia que las mayores guerras civiles que se libran hoy — en Irak, Libia, Siria y el Yemen— nacieran de intentos de democratización. [...]»

«Misteriosamente, todo lo que los expertos pensaban que podía influir en el estallido de una guerra civil no lo hacía. No eran los países más pobres los que tenían mayor riesgo de conflicto, ni tampoco los más desiguales, ni los más heterogéneos en términos étnicos o religiosos, ni siquiera los más represivos. De hecho, lo que más exponía a los ciudadanos a tomar las armas y empezar a luchar era vivir en una democracia parcial. Sadam Husein no afrontó una guerra civil

importante durante sus veinticuatro años de mandato. Fue cuando su Gobierno fue desmantelado y se desató una pugna por el poder (es decir: cuando Irak se desplazó de un -9 a la zona intermedia) cuando estalló la guerra. [...]»

«Una de las causas principales para la revuelta es que las transiciones democráticas generan nuevos ganadores y perdedores: al apartarse de la autocracia, ciudadanos previamente desfavorecidos ascienden al poder, mientras que quienes ostentaban privilegios ven su influencia mermada. Y como el nuevo Gobierno en una anocracia acostumbra a ser frágil y el Estado de derecho aún está en ciernes, los perdedores — que antaño eran las élites, líderes de la oposición y ciudadanos aventajados— no están seguros de si la nueva Administración será justa y los protegerá. Ello puede generar verdadera desazón con respecto al futuro: los perdedores pueden no estar convencidos del compromiso de un dirigente con la democracia y pueden considerar que sus propias necesidades y derechos están en juego. [...] Y como el Gobierno es débil, los acontecimientos pueden deslizarse por una espiral que se descontrola fácilmente. Así ocurrió en Indonesia después de que el presidente Suharto, autoritario, tuviera que renunciar por la fuerza tras la crisis financiera asiática de 1997.»

«Ahora bien, la democratización es posible. Aunque el camino hacia la democracia sea traicionero, el riesgo de guerra civil se desvanece cuando un país invierte el tiempo necesario e implementa la evolución de su sistema político poco a poco. México superó la democratización de una manera relativamente pacífica.[...]»

« Hasta muy recientemente, la mayoría de los países que acababan en la peligrosa zona de la anocracia lo hacía tras el derrocamiento de una dictadura, como ocurrió en el caso de Irak, o cuando se obligaba a autócratas a adoptar reformas democráticas a resultas de protestas masivas. Sin embargo, tras casi medio siglo de creciente democratización, los países, sobre todo las democracias más nuevas, comenzaron a desplazarse en la dirección opuesta. Incluso democracias liberales antaño consideradas seguras, como Bélgica y el Reino Unido, registraron un descenso en la puntuación de sus sistemas gubernamentales.³⁹ Desde 2000, dirigentes democráticos que han llegado al poder mediante elecciones han empezado a consolidar Gobiernos autoritarios. [...] Lo hemos visto en Polonia, donde el partido Ley y Justicia ganó las elecciones en 2015; desde entonces, el presidente, el primer ministro y el vice primer ministro han tomado sistemáticamente el control de los tribunales, han restringido la libertad de expresión, han puesto en el punto de mira a sus opositores políticos y han debilitado a la comisión electoral. En Hungría, el primer ministro Orbán ha transformado progresivamente el país en el primer miembro no democrático de la Unión Europea.»

«Los países democráticos que viran hacia la anocracia lo hacen no porque sus dirigentes sean débiles e inexpertos, como muchos de los que pugnan por organizarse en la estela de una dictadura, sino más bien porque sus líderes electos, muchos de ellos bastante populares, empiezan a hacer caso omiso de las líneas rojas que protegen sus democracias. Entre ellas figuran limitaciones al poder del presidente, los sistemas de contrapoderes institucionales entre las distintas ramas gubernamentales, una prensa libre que exige responsabilidad por las acciones y una contienda política justa y franca. [...]»

«[...] El declive de las democracias liberales es un fenómeno nuevo y ninguna de ellas ha desembocado en una guerra civil a gran escala... todavía. Sin embargo, el caso de Ucrania puede servir de advertencia. Los ciudadanos ucranianos tomaron las calles en 2013 para manifestarse en contra del estilo de gobernanza cada vez más autocrático de Víktor Yanukóvich. Yanukóvich, líder del partido prorruso del país, había sido elegido presidente en 2010 en una segunda vuelta electoral plagada de acusaciones de fraude e intimidación de los votantes. Su predecesor, un moderado anticorrupción proeuropeo, ocupaba el cargo desde hacía más de cinco años, durante

los cuales la puntuación en el índice de régimen político Polity de Ucrania había aumentado hasta +7. Pero nada más asumir el cargo, Yanukóvich se dispuso a cimentar su propia autoridad. Se posicionó en contra de «Occidente», es decir, de la idea de estrechar lazos con la Unión Europea, y, en lugar de ello, defendió a los votantes rusófonos de toda Ucrania, sobre todo a los de la región este del país, quienes aspiraban a estrechar las relaciones con Rusia. Para muchos ucranianos rusófonos, las tendencias autocráticas de Yanukóvich eran el menor de los males; preferían tener a un presidente autoritario que estuviera de su bando que a un demócrata a la contra. »

«Cuando Yanukóvich anunció su intención de reforzar sus vínculos económicos con Rusia, en lugar de con la Unión Europea, los ciudadanos, muchos de ellos jóvenes con tendencias proeuropeas de la Ucrania occidental, se hartaron. [...]. Sin embargo, tal como una anocracia crea perdedores en lugares que avanzan a trompicones hacia la democracia, como los suníes en Irak, también hay perdedores en los países que se esfuerzan por conservarla. Y en Ucrania fueron los pensionistas, la población rural y los trabajadores no cualificados de la región oriental del país que se habían beneficiado de las conexiones con Rusia de Yanukóvich. Muchos de ellos habían emigrado desde Rusia a principios de la década de 1950 para trabajar en las minas de carbón de la región. Eran de etnia rusa, hablaban ruso y sus empleos dependían, casi por completo, del comercio con Rusia. »

«¿Por qué algunos países logran navegar de manera segura por la ruta que discurre por la zona de la anocracia y otros quedan inmersos en ciclos de caos y violencia? La historia de Irak vuelve a brindarnos algunas pistas. Cuando le pedí a Noor que me describiera qué cambió antes de la guerra civil que estalló en su patria, me miró a los ojos un instante. Con voz queda y contenida, irradiaba esa seguridad en uno mismo de alguien que no se desmorona con facilidad. Sin embargo, su semblante era de una profunda tristeza. «La gente empezó a preguntarse si era chií o suní», contestó.⁵⁵ Era algo que no se habían preguntado antes, me explicó. En Bagdad no había barrios suníes y barrios chiíes, y a ella nadie le había dicho nunca que no podía casarse con alguien de otro grupo étnico o religioso. No tenía la sensación de pertenecer a una minoría ni tampoco de que las creencias religiosas de cada cual tuvieran trascendencia; de hecho, ni siquiera sabía quiénes de sus amigos eran chiíes y quiénes suníes. «Y luego empezaron a preguntarlo abiertamente. ¿Tú qué eres? ¿De dónde procedes? ¿Qué religión profesas?» Noor meneó la cabeza a un lado y a otro. «Yo contestaba: “Soy iraquí. ¿Por qué me preguntáis eso?”.»

EL AUGE DE LAS FACCIÓNES

« Tito era célebre por su afición a los puros, su uniforme militar de un blanco inmaculado y su determinación a unificar Yugoslavia bajo su control absoluto. La población lo adoraba por ser un héroe de la Segunda Guerra Mundial que había combatido contra los alemanes y los italianos, además de por ser el primer comunista en desafiar con éxito a Stalin. [...] Los serbios consideraban Kosovo su patria querida.⁶ Realzando la identidad étnica por encima de la ideología política, Milošević no tardó en ganarse el favor de los ciudadanos serbios, incluso de los anticomunistas. Una expresión tan descarada de nacionalismo resultaba escandalosa (Tito jamás la habría permitido), pero Milošević continuó sin amedrentarse. En el transcurso de los pocos años siguientes se propuso reafirmar los derechos de los serbios: cambió el redactado de la Constitución serbia para socavar la autonomía de Kosovo, reemplazó a los mandatarios de la provincia de Serbia por partidarios suyos y se hizo con el control de las fuerzas policiales y de los tribunales, así como de los medios de comunicación, que utilizó para difundir un mensaje de agravio y empoderamiento de los serbios. Milošević imaginaba una Yugoslavia en la que los

serbios — que, al fin y al cabo, eran mayoría— finalmente contaran con la representación y la influencia que merecían.»

« En los albores del siglo XX, cuando la guerra civil se perfiló por primera vez como un problema cada vez más persistente, las causas, en su mayor parte, tenían que ver con la ideología o la clase social. La Revolución mexicana, que dio comienzo en 1910, giró en torno a una serie de luchas armadas entre terratenientes acaudalados que aspiraban a retener el poder y una coalición de trabajadores de clase media, campesinos y obreros organizados que exigían reformas. En la misma línea, la Revolución rusa estuvo espoleada por las estridentes desigualdades políticas y económicas que hicieron que los rusos de clase obrera, los siervos y los soldados se alzaran contra la monarquía para crear el primer país socialista del mundo. [...]»

«Tal división se manifiesta luego en el terreno político. Los partidos empiezan a confluir en torno a la identidad étnica, racial o religiosa, en lugar de a un conjunto concreto de políticas, como hicieron los hutus y los tutsis en Ruanda, por ejemplo, o muchos partidos políticos en Etiopía. Es una estrategia hábil que los líderes emplean para cimentar tanto su base de simpatizantes como su futuro. Los partidos basados en cuestiones identitarias imposibilitan que los votantes cambien de color, ya que, si su identidad política está ligada a su identidad étnica o religiosa, no les queda otra alternativa. Entre tanto, los políticos que cuentan con el respaldo de una facción consolidada tienen margen para implementar una agenda tribal limitada que los beneficie, tanto a ellos como a sus seguidores. Los partidos políticos y sus dirigentes se convierten en depredadores que aspiran a gobernar excluyendo a otros grupos y a expensas de estos. Rechazan las soluciones de compromiso y las instituciones estructurales, como los tribunales de justicia, al tiempo que instan a los ciudadanos a continuar actuando o votando en base a su identidad, en lugar de a sus convicciones. En Yugoslavia, la guerra civil no estalló porque los croatas, los serbios y los bosniacos sintieran un odio recíproco primordial e innato. Lo hizo porque líderes oportunistas exacerbaron temores y resentimientos y lanzaron a pequeñas bandas de matones armados hasta los dientes contra la población para hacerse con el poder. [...] **Esta explotación política solo genera divisiones en la sociedad. Los ciudadanos se sienten inseguros acerca de su futuro, dejan de confiar en el Gobierno para resolver los conflictos o servir a la población en su conjunto y acaban cerrando filas con los partidos más sectarios, los que prometen proteger su integridad, intereses, estilo de vida y concepción de cómo debería ser la sociedad.**»

«La guerra es incluso más probable, según han averiguado los expertos, si al menos una facción de un país se convierte en una superfacción, es decir, en un grupo cuyos miembros no solo comparten la misma identidad étnica o racial, sino también la misma religión, clase y ubicación geográfica. De hecho, las probabilidades de guerra eran casi doce veces superiores que si un grupo era más heterogéneo.[...]»

«Quizá no exista una imagen más elocuente de la profunda división entre superfacciones que el ataque a la ciudad croata de Vukovar. Vukovar, una comunidad acomodada integrada por croatas, serbios y otros colectivos, como húngaros, eslovacos y rutenios, se alzaba a orillas del Danubio, en la frontera con Serbia. Su población convivía en armonía desde la Segunda Guerra Mundial, pero, cuando estallaron enfrentamientos con armas entre milicias rivales, los croatas y los serbios se enemistaron. Civiles armados prendieron fuego a granjas y hogares de la región. La policía croata confiscó la emisora radiofónica de Vukovar, mientras que milicias serbias bloquearon rutas de transporte en el mundo rural, aislando la población. En verano de 1991, el JNA, dominado por los serbios, recrudesció su ofensiva y sitió la ciudad durante ochenta y siete días. Cada día se disparaban contra Vukovar 12.000 misiles y proyectiles, en la batalla más feroz vista en Europa desde finales de la Segunda Guerra Mundial. **Lo más llamativo de aquel ataque no fue la encarnizada rivalidad étnica entre croatas y serbios, sino que la batalla, en muchos**

aspectos, reflejaba una de las mayores líneas de fractura que acostumbran a aflorar entre superfacciones: la división entre el entorno rural y el urbano, una división que no ha hecho sino agravarse en la era de la globalización y la innovación tecnológica. [...]»

«El nacionalismo étnico y su expresión mediante facciones no arraiga en un país porque sí. Para que una sociedad se fracture por las líneas identitarias se necesitan voceros, personas dispuestas a hacer afirmaciones discriminatorias y a adoptar políticas discriminatorias en nombre de un colectivo concreto. Suelen ser personas que aspiran a cargos políticos o intentan conservarlos. Suscitan y utilizan sentimientos de temor como estrategia para amarrar al electorado que apoyará su lucha por el poder. Los expertos tienen un término para estos individuos: emprendedores étnicos. [...]

«En un clima político inestable, como el que se da durante una transición política hacia la democracia o la autocracia, es frecuente que múltiples emprendedores étnicos se alcen de manera simultánea, provocando y engendrando a otros. Pueden sumar fuerzas, como ocurre cuando políticos y expertos mediáticos comulgan con el mismo extremismo, o postularse como rivales, empleando las acciones y las opiniones del otro como palanca para exacerbar la división. Cuantas más capas de identidad haya por explotar, como en el caso de las superfacciones, más peligrosa se vuelve esa división.»

«Cabe destacar que el ciudadano medio suele calar a estos emprendedores étnicos: sabe que estos individuos tienen su propia agenda y que no dicen toda la verdad. A muchos serbios de Krajina no les gustaba Milošević; de hecho, ni siquiera confiaban en él, porque sabían que había sido un comunista devoto hasta hacía apenas unos años. Tenían claro que era un personaje sediento de poder, más que un purista, y que solo se había dedicado a pronunciar discursos proserbios tras darse cuenta de que el nacionalismo era una manera fácil de asegurarse una base política. Pero los ciudadanos son más proclives a brindar su apoyo si tienen la impresión de que los atenaza una amenaza creciente, sea para su integridad física, su estilo de vida, sus familias o su futuro, y, con su retórica, Milošević se dedicó a sembrar dudas en este sentido.»

«Las superfacciones son una amenaza creciente incluso para las democracias estables. Durante más de cinco décadas, la India, la mayor democracia del mundo, ha sobrevivido a pesar de la pobreza y el analfabetismo generalizados, así como de su inmensa diversidad étnica y su precaria situación económica. Los hindúes representan la inmensa mayoría de la población india, en torno al 80 por ciento. Los musulmanes constituyen alrededor del 14 por ciento, mientras que los cristianos, los sijs, los jainistas, los budistas y la población agnóstica componen, en total, el 6 por ciento restante del país. El establecimiento de un Estado estrictamente laico cuya Constitución garantiza la libertad de culto ayudó a esta población diversa a convivir en una paz relativa. Sin embargo, la situación empezó a cambiar en 2014, cuando un partido nacionalista hindú de derechas, el Bharatiya Janata Party (BJP o Partido Popular Indio), ascendió al poder. Frustrados por la economía y la corrupción del partido gobernante, conocido como el Congreso, los indios votaron de manera masiva por el cambio. Por primera vez en treinta años, en los comicios de 2014 un único partido obtuvo mayoría en la India. [...]

«India encaja en un patrón que está proliferando en todo el mundo. Una de las mayores preocupaciones del siglo XXI no es solo que el sistema democrático se halle en retroceso, sino que lo haga en algunas de las democracias más consolidadas del mundo. Mientras que en el pasado la política en estos lugares pivotaba alrededor de visiones distintas de administración en temas como, por ejemplo, los impuestos, la red de seguridad social, la asistencia sanitaria y la educación, los políticos y sus partidos se aglutinan ahora cada vez más en torno a la identidad: opiniones religiosas, bagaje racial, valores urbanos y rurales... Han emergido líderes etnonacionalistas que apartan a los ciudadanos de los ideales sociales laicos para conducirlos

hacia la política identitaria. Y, en parte, lo han hecho para aprovechar la tendencia de los humanos a hacer frente común y proteger a los suyos en épocas de cambios acelerados e incertidumbre. Con el aumento de factores como la anocracia y el faccionalismo — no solo ya en las antiguas autocracias, sino ahora también en unas democracias debilitadas— se multiplica el número de lugares donde podría estallar una guerra civil. El aspecto que más evidencia este cambio en las democracias es el auge de partidos políticos depredadores.»

«Este patrón se repite en democracias de todo el mundo. En Brasil, Jair Bolsonaro, un antiguo capitán del Ejército, llegó a la presidencia en 2018 aprovechando la división entre el mundo rural y el urbano, exacerbada por motivos de raza y clase.»

«Al ciudadano medio, la propaganda racial y étnica puede sonarle a desvarío de radicales idiosincráticos con intereses creados. Muchos restan importancia a estas diatribas — en tertulias radiofónicas, canales de televisión partidistas o *tweetstorms*— tachándolas de mera retórica o entretenimiento. Cuando Radovan Karadžić advirtió en la televisión bosnia que «una nación constitucional está a punto de desaparecer», muchos residentes de Sarajevo pusieron los ojos en blanco. [...]»

LAS SOMBRÍAS CONSECUENCIAS DE LA PÉRDIDA DE ESTATUS

«Datu Udtog Matalam era una persona muy querida en la zona central de Mindanao, una región con una población mixta de católicos y musulmanes en el sur de las Filipinas. Para los musulmanes, era un héroe de la Segunda Guerra Mundial que había luchado contra los japoneses, un líder religioso sabio y un árbitro justo de disputas entre los lugareños. [...]»

«Matalam no tardó demasiado en abandonar el MIM y retirarse a su granja. Pero la creación del MIM tuvo el efecto imprevisto de inflamar tanto a los musulmanes como a los católicos y puso en marcha una peligrosa dinámica que impulsó al país hacia la guerra.⁸ A principios de 1969, el MIM estaba entrenando a guerrilleros musulmanes, probablemente con financiación del Gobierno de Malasia y, en marzo de 1970, ya había habido los primeros brotes de violencia sectaria. Bandas de católicos atacaron a granjeros musulmanes y prendieron fuego a sus hogares, lo cual instigó a los musulmanes a clamar venganza. A partir de ese momento, la situación empeoró. Los musulmanes acusaban al Gobierno de alentar la violencia de los cristianos y formaron sus propias bandas armadas. Se trataba del clásico «dilema de seguridad» que, por temor a la violencia, lleva al pueblo a armarse con fines de autodefensa, cosa que convence al enemigo de que quiere la guerra.⁹ Aun así, lo que verdaderamente azuzó un conflicto a gran escala fue la decisión de Marcos de declarar la ley marcial en septiembre de 1972. [...]»

«¿Qué explicación tiene la revuelta de los musulmanes en Mindanao? En parte, la respuesta estriba en el hecho de que Filipinas se estaba convirtiendo en una anocracia. Cuando Marcos alcanzó la presidencia en 1965, heredó un sistema político casi democrático (con una puntuación política de +5). En el plazo de cuatro años lo había erosionado hasta tal punto que se hallaba firmemente inmerso en la zona de la anocracia (+2) y cerca de caer en la guerra civil. [...] **Pero, aun así, hay muchos grupos étnicos descontentos que viven en anocracias fragmentadas en facciones y no se rebelan. En Etiopía, por ejemplo, hay más de ochenta grupos étnicos distintos que profesan al menos cinco grandes religiones. Sin embargo, solo un puñado de ellos se han organizado alguna vez para llegar al Gobierno. E Indonesia es uno de los países con más diversidad étnica que existen, con más de 360 grupos tribales y etnolingüísticos y, sin embargo, solo cuatro de ellos, los amboneses, los timorenses orientales, los acehneses y los**

papúes, se han levantado alguna vez en armas. ¿Qué hace que algunos grupos estén tan motivados a luchar?»

«Uno de los primeros aspectos que hemos detectado, aunque quizá no sea ninguna sorpresa, es que los grupos que recurren a la violencia suelen tener la sensación de que se los ha marginado del proceso político. [...]»

«La degradación es tanto una realidad psicológica como un hecho político o demográfico. Las facciones degradadas pueden ser ricas o pobres, cristianas o musulmanas, blancas o negras. Lo que importa es que los miembros del grupo sienten que pierden un estatus que consideran suyo por derecho y, en consecuencia, se resienten. [...]»

«La degradación, más que una derrota política, es una situación de regresión del estatus. Los grupos dominantes pasan de una situación en la que podían decidir qué lengua se hablaba, qué leyes entraban en vigor y qué cultura se reverenciaba a una situación en la que no pueden hacer nada de eso. Y los seres humanos detestan perder. Detestan perder dinero, juegos, sus empleos, su honorabilidad, a sus parejas y, sí, también su estatus. Los psicólogos Daniel Kahneman y Amos Tversky así lo demostraron en una serie de experimentos en los que solicitaron a los participantes si estarían dispuestos a concursar en un juego en el que tenían un 50 por ciento de posibilidades de ganar, pongamos por caso, 100 dólares, y las mismas de perderlos.¹⁶ Y descubrieron que la mayoría de las personas respondía con una negativa. ¿Por qué? Porque los seres humanos tienen aversión a la pérdida. Les motiva mucho más intentar reclamar pérdidas que obtener nuevas ganancias. **Las personas son capaces de tolerar años de pobreza, desempleo y discriminación, de aceptar escuelas de mala calidad, hospitales de paco-tilla e infraestructuras desatendidas. En cambio, hay algo que no soportan: perder el estatus en un lugar que consideran suyo. En el siglo XXI, las facciones más peligrosas son los grupos que antaño fueron dominantes y hoy afrontan un declive.»**

«Los asameses se hallaban ante un problema de difícil solución. No estaba claro cómo el Gobierno, aunque se lo propusiera, podía determinar de manera fiable quiénes de los muchos bengalíes nacidos en el extranjero eran legales, porque la India no poseía un único carnet de identidad que indicara el estatus de ciudadanos y grandes proporciones de la población más pobre ni siquiera tenían certificados de nacimiento. Los bengalíes legales eran indistinguibles de los ilegales. Los asameses respondieron organizando un movimiento de resistencia. [...]»

«Los factores económicos siempre han desconcertado a los investigadores que estudian las guerras civiles. Los análisis estadísticos iniciales parecían detectar una correlación entre la renta per cápita y la violencia, y las guerras en sí parecían corroborarlo: era mucho más probable que los ciudadanos de los países pobres recurrieran a la lucha armada que los de los países ricos. Sin embargo, cuando los estudiosos incorporaron a su análisis medidas de buen gobierno, como la participación ciudadana, la competencia electoral y las limitaciones al Poder Ejecutivo, las variables económicas pasaron a resultar mucho menos relevantes. La desigualdad de rentas, que muchos consideraban una línea roja para la guerra, demostró ser justo lo contrario. Tal como escribió James Fearon en un informe de 2010 para el Banco Mundial, «no solo no existe una correlación positiva aparente entre la desigualdad económica y el conflicto, sino que el examen de todos los países revela que aquellos en los que la distribución de la renta es más igualitaria han sido marginalmente más proclives al conflicto» Ello no significa que los factores económicos sean irrelevantes o que la desigualdad de las rentas no importe. Al fin y al cabo, la economía desempeña un papel fundamental en la determinación de qué grupos étnicos se sienten rezagados o marginados. Las desigualdades económicas parecen agravar la ira y el resentimiento existentes. Y, además, facilitan a las personas pudientes aplastar a las más desfavorecidas.»

CUANDO LA ESPERANZA MUERE

«Los irlandeses católicos de Irlanda del Norte estaban acostumbrados a las pérdidas. Comenzaron cuando los anglonormandos invadieron sus tierras en el siglo XII, siguieron durante los siglos de colonización británica y aumentaron en el siglo XVII, cuando Gran Bretaña alentó a los protestantes escoceses a navegar a través del canal del Norte y asentarse allí. En 1652, todas las tierras propiedad de católicos habían sido confiscadas y, en 1690, los escoceses del Úlster, como se conocía a los protestantes escoceses en aquel entonces, eran ya una mayoría de la población en el norte. La pérdida más dolorosa se produjo en 1922, cuando a los irlandeses católicos habitantes del norte no les concedieron la independencia junto al resto de Irlanda. Gran Bretaña creó el Estado Libre Irlandés, un país recién independizado, pero retuvo bajo su control los seis condados del norte. [...]»

« Los protestantes procedieron a dictar una serie de le-yes antidemocráticas concebidas para excluir a los irlandeses católicos del poder y negarles los mejores empleos, las mejores tierras y las mejores viviendas. [...] Mediado el siglo, Irlanda del Norte presentaba todas las condiciones subyacentes para que estallara la guerra civil: una democracia parcial, facciones enfrentadas por cuestiones identitarias y una población nativa profundamente arraigada a la tierra que se sentía excluida de la política. Pero los católicos llevaban muchos años azotados por la discriminación y la pobreza, de hecho, desde 1922, y siempre se habían resistido a recurrir a la violencia. Creían y esperaban que sus vidas mejorarían. Todo ello cambió en el verano de 1969. El 12 de agosto, más de 10.000 protestantes se manifestaron en los confines del Bogside, un barrio obrero católico superpoblado de la población de Derry, situada en la frontera noroeste de Irlanda del Norte. [...] El tercer día de altercados llegaron a Derry 300 soldados británicos. El primer ministro de Irlanda del Norte, protestante, había solicitado su presencia, pues temía que su policía estuviera perdiendo el control. Era la primera vez que Londres intervenía directamente en Irlanda desde la partición de la isla, y los católicos del Bogside estaban emocionados. [...] Los ciudadanos del Bogside no tardaron en entender que los soldados británicos habían acudido en ayuda de los protestantes, no de los irlandeses católicos. Las tropas cargaron contra la población con brutalidad, aplicando tácticas de contrainsurgencia, efectuaron incursiones y registros en hogares católicos y sofocaron la manifestación. Trataron a los católicos como a enemigos, en lugar de como a ciudadanos con sus mismos derechos.»

«Los estudiosos saben cómo acostumbran a estallar las guerras civiles y quién tiende a comenzarlas: grupos de gradados en anocracias dominadas por facciones étnicas. Pero ¿qué las detona? ¿Qué hace que un país finalmente sucumba al conflicto? Los ciudadanos son capaces de asimilar mucho dolor. Pueden soportar años de discriminación y pobreza sin alzar la voz, aguantando el dolor de un lento declive. Lo que no toleran es la desesperanza. Solo cuando un grupo proyecta la mirada hacia el futuro y lo único que ve es más dolor empieza a plantearse que la violencia es su única manera de avanzar.[...] Los irlandeses católicos confiaban en que el Gobierno británico acabaría intercediendo en su ayuda. Pero cuando los británicos sacaron las porras, sus ilusiones se esfumaron. La esperanza se disipa ante una brutalidad gubernamental flagrante. Los bangsamoros de Mindanao perdieron la confianza en que sus vidas mejoraran cuando el presidente Marcos declaró la ley marcial y les confiscó por la fuerza sus tierras y armas. Y los católicos de Irlanda del Norte perdieron la esperanza en una reforma pacífica cuando los soldados británicos los trataron como a intrusos en su propia tierra. »

« A menudo, cuando un colectivo pierde la fe en el sistema existente, aparecen los radicales para ofrecerles una alternativa. En Irlanda del Norte lo hizo el IRA Provisional. «La gente estaba abatida — comentó el influyente republicano irlandés Danny Morrison— y el IRA les infundió esperanza.»[...] Nadie anticipaba una guerra civil en Siria. Los ciudadanos sirios habían observado en silencio cómo los manifestantes de la Primavera Árabe tomaban las calles en

Túnez, Egipto, Libia, Bahréin y Yemen exigiendo cambios. Habían visto al presidente tunecino, Zine el Abidine Ben Alí, renunciar al cargo semanas después del inicio de las protestas, y al asentado dictador egipcio, el presidente Hosni Mubarak, dimitir a consecuencia de las manifestaciones. Pero los sirios no se sumaron de inmediato a la causa porque su propio presidente, Bashar el Asad, había tenido la inteligencia de usar el temor y la intimidación para dividirlos y aniquilar la disidencia de forma agresiva. Aun así, se daban las condiciones subyacentes.»

« [...]La noche del 23 de marzo, cinco días después de que comenzaran las protestas, las luces en Daraa se apagaron de súbito y se interrumpió el servicio de telefonía móvil. Soldados armados con rifles de asalto irrumpieron en la mezquita y abrieron fuego sobre los manifestantes pacíficos. Docenas de ellos fueron asesinados. Un médico y un enfermero que se dirigieron a toda prisa hacia allí en una ambulancia fueron abatidos a tiros por francotiradores apostados en el exterior. En toda Siria, los suníes respondieron al ataque organizando protestas. «Solo estábamos cantando en las calles — explicaba un hombre en Alepo—. Podríamos habernos pasado el resto de la vida manifestándonos sin que nadie nos hiciera caso. Pero cuando el régimen empezó a atacarnos, mucha gente que se había mantenido al margen empezó a sumarse a las protestas también. Por la sangre. La sangre es lo que mueve a las personas.»⁹ Los suníes no tardaron demasiado en perder la esperanza. Los sirios no sabían cómo respondería el presidente Asad a las protestas, pero creían que se mostraría abierto a las reformas. [...] La beligerancia de Asad desencadenó una oleada aún mayor de protestas. El discurso, según el experto en Oriente Medio David W. Lesch, «catapultó a Siria hacia una guerra catastrófica»»

«En cambio, las protestas pueden ser especialmente desestabilizadoras en las anocracias, ya que sus instituciones a menudo son demasiado débiles para erradicar a los elementos radicales y reaccionar de manera comedida, además de excesivamente frágiles e inestables para garantizar verdaderas reformas políticas. Los países en la zona media pueden proporcionar las condiciones perfectas para la formación de grupos extremistas violentos. [...] Las protestas fallidas crean momentos peligrosos en un país maduro para la guerra civil. Las elecciones pueden tener el mismo efecto. La transición de Costa de Marfil a la democracia y su serie de comicios tempranos en la década de 1990 ofrecen un buen ejemplo de ello. Tras conseguir independizarse de Francia en 1960, el país estuvo gobernado por el presidente Félix Houphouët-Boigny hasta 1993. Papá Houphouët, como se lo conocía afectuosamente, impulsó el desarrollo de las industrias del café y el cacao. También instituyó un sistema de cuotas diseñado para evitar que ningún grupo étnico tuviera el predominio político sobre los demás. El resultado fue un país con una economía próspera y estable en lo político.»

«Las elecciones son eventos con un gran potencial desestabilizador en las anocracias muy fragmentadas en facciones, sobre todo cuando un grupo degradado pierde. En un estudio de los conflictos habidos en todo el mundo entre 1960 y 2000, los investigadores detectaron que los grupos étnicos tenían más probabilidades de recurrir a la violencia tras perder unos comicios.»

«Las elecciones infunden esperanza a las personas.²² Concentran la atención de la ciudadanía en el juego a largo plazo, porque la gente cree que, aunque pierda hoy, puede ganar mañana. Y cuantas más esperanzas tengan depositadas en el futuro los ciudadanos, más probable es que intenten operar de manera pacífica dentro del sistema. Ahora bien, si la parte que pierde cree que nunca ganará o no volverá a ocupar el poder, dichas esperanzas se desvanecen. Las elecciones de 1860 en Estados Unidos fueron devastadoras para los demócratas sureños porque un candidato logró llegar a la Casa Blanca sin un solo voto electoral del antaño poderoso Sur. [...]»

«De hecho, unas elecciones también pueden comportar una división en facciones y alentar a los políticos a «jugar la carta étnica», estrategia consistente en generar de manera consciente hondos sentimientos de nacionalismo y agravio étnicos con el fin de movilizar los apoyos necesarios para alcanzar el poder.»

« A veces, las guerras civiles se retrotraen a un único incidente, a un detonante. Puede tratarse de unas elecciones, de unas manifestaciones fallidas o de un desastre natural. En Filipinas, fue la masacre aislada de reclutas musulmanes del ejército por parte de otros militares. En el Líbano, el asesinato de un hombre cristiano cuando iba de camino a la boda de su hijo. La guerra civil en Guatemala se recrudeció, en parte, tras un devastador terremoto que reveló el grado de ineptitud y corrupción del Gobierno. Ahora bien, estos focos de tensión suelen tener un dilatado trasfondo. La mayoría de las veces, las guerras civiles empiezan con pequeñas bandas de extremistas — estudiantes, disidentes exiliados o militares retirados— que sienten un interés por el poder y la política más acusado que el ciudadano medio.»

«La ignorancia también puede llevar a los Gobiernos a sobrereactuar, y desencadenar con ello conflictos a mayor escala. Diversos estudios demuestran que los Gobiernos son especialmente propensos a reaccionar de manera desmedida en las regiones donde una presencia débil sobre el terreno los ha alejado de la población y despojado de toda influencia.³⁴ Según Jonathan Powell, el principal negociador británico en el tema de Irlanda del Norte, los británicos «en realidad no tenían ni idea de lo que pasaba en Irlanda del Norte. [...] Los datos que barajaban sus servicios de inteligencia estaban desfasados. Encarcelaron a la gente equivocada». [...]

EL ACELERANTE

«Mi marido, nuestra hija pequeña y yo estábamos en Myanmar (Birmania) para ser testigos de lo que muchos pensaban que sería una transformación extraordinaria. Corría el año 2011 y la junta militar de Myanmar, que había gobernado el país con mano férrea durante décadas, acababa de aceptar hacer la transición a un gobierno civil. Los generales al mando permitirían celebrar elecciones y habían aceptado liberar a la célebre líder de la oposición, Aung San Suu Kyi. [...] Pero, en paralelo, sentíamos una profunda zozobra, pues teníamos la desagradable sensación de que Myanmar también podía hallarse con facilidad al borde de la agitación política.»

«Pero, transcurrido un año desde nuestra visita, había motivos para el optimismo con respecto a la democracia de Myanmar. El Gobierno pactó un alto el fuego con los rebeldes separatistas de la etnia karen, liberó a centenares de presos políticos y el partido de Aung San Suu Kyi ganó las elecciones parlamentarias con una victoria aplastante. Incluso las leyes de censura del país parecían estar suavizándose. [...] Facebook no tardó en lanzarse en el país. En 2015, cuando Aung San Suu Kyi iba a ser nombrada asesora estatal, Myanmar había pasado de ser un país en el que solo un uno por ciento de la ciudadanía tenía acceso a internet (la cifra más baja en todo el mundo, con la salvedad de Corea del Norte) a contar con un 22 por ciento de la población conectada. Y eso se antojaba un enorme paso adelante. En lugar de ello, era una catástrofe en ciernes. En 2012, un grupo de ultranacionalistas budistas, muchos de ellos monjes, utilizaron Facebook para atacar a poblaciones musulmanas de todo Myanmar.⁴ Las culpaban de la violencia local y las describían como invasoras de la región y una amenaza para la mayoría budista. Sus publicaciones, que se hicieron virales, contenían comentarios como «hay que echarlos de comer a los cerdos [...]El primer lugar en el que estalló la violencia entre budistas y musulmanes fue en el estado de Rakhine, en junio de 2012, cuando se informó del

«desplazamiento» de 80.000 musulmanes. Menos de un año después, empezaron a llegar al mundo noticias de campañas de limpieza étnica contra los rohinyás.»

«Un año más tarde, una empresa de telefonía noruega llamada Telenor entró en el mercado de Myanmar permitiendo que los compradores de sus teléfonos móviles usaran Facebook sin pagar cuota por transferencia de datos, lo cual catapultó el alcance de la red social. En los años siguientes, decenas de periodistas, empresas, organizaciones de defensa de los derechos humanos, Gobiernos extranjeros e incluso ciudadanos de Myanmar continuaron alertando a Facebook de la difusión descontrolada de discursos de odio e información falsa a través de la red. Pero Facebook continuó haciendo oídos sordos y negándose a reconocer el problema. [...] En diciembre de 2016, centenares de ellos habían sido asesinados y muchos miles más habían huido. No obstante, el verdadero genocidio dio comienzo en agosto de 2017, cuando el ejército de Myanmar, junto con turbas budistas, perpetró matanzas masivas, deportaciones y violaciones.»

«Cada año desde 2010, el mundo ha visto más países descender por la escalera democrática que ascender por ella. Este retroceso no solo ha ocurrido en lugares donde la democracia es nueva, sino también en países ricos y liberales cuyas democracias consolidadas en otro tiempo se consideraron sacrosantas. Algunos dirigentes electos han atacado la libertad de expresión y han reformado sus Constituciones para concentrar el poder en sus manos.»

«Seguramente no sea coincidencia que el distanciamiento global de la democracia haya ido tan de la mano de la aparición de internet, la introducción de los teléfonos inteligentes y el uso generalizado de las redes sociales. El entorno informativo radicalmente nuevo en el que vivimos quizá sea el mayor cambio tecnológico y cultural que el mundo ha experimentado en este siglo. En un principio, Facebook se aclamó como una magnífica herramienta de democratización, capaz de conectar a las personas, estimular el libre intercambio de ideas y opiniones y permitir a los ciudadanos seleccionar las noticias en lugar de dejar que sean las grandes agencias las que lo hagan. [...] No obstante, las redes sociales han demostrado ser una caja de Pandora. La era de la información ha inaugurado canales no regulados y sin restricciones para difundir información falsa (datos no contrastados) o desinformación (informaciones con una voluntaria intención engañosa). Charlatanes, defensores de teorías de la conspiración, troles, demagogos y agentes antidemocráticos a los que previamente se había mantenido al margen del entorno mediático — o, al menos, habían tenido grandes dificultades para llegar a un gran público— súbitamente ganaron tracción.»

«El problema radica en el modelo de negocio de las redes sociales. Para generar beneficios, empresas tecnológicas como Facebook, YouTube, Google y Twitter necesitan retener el máximo tiempo posible a los usuarios en sus plataformas, o potenciar su *engagement* o 'compromiso', como se dice en la jerga del sector. Cuanto más tiempo pasen los usuarios en línea, haciendo clic en enlaces sobre gatitos, retuiteando noticias acerca de celebridades o compartiendo vídeos, más publicidad reciben estas empresas. Una mayor interacción en las redes también permite a estas compañías recopilar más datos acerca del comportamiento de sus usuarios, lo cual facilita ofrecerles anuncios personalizados, cosa que, a su vez, les genera mayores ingresos. [...] Y resulta que la gente prefiere el miedo a la tranquilidad, la falsedad a la verdad y la indignación a la empatía.»

«Y lo que es aún peor, los algoritmos conductuales empezaron a generar silos informativos cada vez más descabellados que se retroalimentaban e internaban a los usuarios por sendas peligrosas: hacia teorías de la conspiración, medias verdades y extremismos que propugnan cambios radicales. [...] Si se es un extremista y se quiere hacer proselitismo, las redes sociales son la herramienta idónea. Así ocurrió, a título de ejemplo, en el caso de Myanmar.»

«No es la primera vez en la historia moderna en que populistas con inclinaciones antidemocráticas acceden al poder. Y tampoco es la primera vez en que las democracias experimentan un retroceso. La diferencia ahora radica en el mecanismo: antes, la autocracia se producía cuando generales militares daban golpes de Estado. Ahora, en cambio, la propician los propios votantes. [...]»

«[...] A medida que la población pierde la confianza en el proceso democrático se muestra más dispuesta a apoyar a un sistema alternativo y a depositar el poder en manos de individuos carismáticos que les prometen protección y un futuro determinado. Eso es precisamente lo que hizo Duterte al transgredir prácticamente todas las normas democráticas del país. Y también lo que hizo Bolsonaro en Brasil. Como en el caso de Duterte, nadie pensaba que Bolsonaro tuviera ni la más remota oportunidad de ganar la presidencia. »

«[...]Podría pensarse que el distanciamiento de la democracia haría que estos líderes fueran impopulares, pero, para cuando se consolidan en el poder, ya han logrado utilizar sus medios de comunicación favoritos — las redes sociales— para convencer a los votantes de que se requieren medidas antidemocráticas para conservar la paz y la prosperidad en el país.»

«Suecia, por ejemplo, no es precisamente conocida por sus políticas nacionalistas de extrema derecha. De hecho, lo es justo por lo contrario: por ser una cultura política progresista con un sistema del bienestar generoso. La población siempre se ha enorgullecido de lo que denomina «la excepción sueca», que predica la dedicación a la comunidad, la igualdad y la preocupación por el prójimo. De hecho, los suecos incluso tienen una palabra para describirla: *folkhemmet*, que significa ‘el hogar del pueblo’. Aun así, el 9 de septiembre de 2014, un antiguo partido neonazi se convirtió en el tercero más votado al Parlamento sueco. El hecho de que, de entre todas las democracias, fuera Suecia la que abrazara a un partido racista y xenófobo cogió tan por sorpresa a Jo Becker, periodista del *New York Times*, que decidió pasar unos meses investigando qué había ocurrido.⁴⁹ El partido, conocido como los Demócratas de Suecia, lo fundó en 1988 un farmacéutico que se había alistado a las Waffen SS durante la Segunda Guerra Mundial. En 2005, el líder de la formación, Jimmie Akesson, acometió reformas en la estructura, cambiando las esvásticas y las botas militares por trajes sastre y corbatas y reorientando al grupo del nazismo hacia el populismo. (Ya no se permite a sus miembros vestir uniformes nazis en las reuniones.) Pero el partido tenía un problema: que la prensa escrita, los canales televisivos y los programas radiofónicos del país se negaban a emitir sus anuncios. [...] Internet cambió todo eso. Tal como descubrió Becker, en 2009, Akesson, que en el pasado había trabajado como diseñador de páginas web, empezó a concentrarse en mejorar su presencia *online*. [...] Más de un millón de suecos visionaban estos sitios cada semana, una cifra similar al número de lectores que tenían los dos principales diarios del país.⁵⁰ En 2010, apenas un año después de apostar por su campaña en internet, el partido obtuvo escaños en el Parlamento.»

«Las redes sociales son el sueño de todo emprendedor étnico. Los algoritmos, al promocionar material indignante, permiten a estos nacionalistas extremistas modular la visión tóxica que la gente tiene del «orden», una manera ideal de demonizar y atacar a minorías raciales y crear división. [...]»

«Si Milošević levantara la cabeza, adoraría las redes sociales y las utilizaría para ensalzar la leyenda de una Gran Serbia en Twitter o Facebook. Daría «Me gusta» a vídeos falsos acerca de albaneses iniciando disturbios. Compartiría historias de croatas arrebatándoles empleos a los serbios. Retuitearía teorías de la conspiración acerca de bosnios abusando de niños serbios. [...] En las democracias del mundo, donde los principios de la libre expresión y la voz representativa históricamente habían actuado en contra de la demagogia y en favor del fomento de un discurso

público saludable, el alcance de los emprendedores étnicos en la actualidad es asombroso. Que los han ayudado las redes sociales resulta evidente en una democracia como Francia, donde el partido de extrema derecha Agrupación Nacional (el antiguo Frente Nacional) antaño era considerado un movimiento marginal cuyo líder, Jean-Marie Le Pen, difundía una retórica execrable acerca de la inmigración y la supremacía de la cultura francesa.»

«En el pasado, los partidos ultraderechistas se consideraban inelegibles en las democracias liberales. Pero el relato del miedo y el agravio que propugnan los emprendedores étnicos — los mitos y la desposesión de los hijos de la tierra— se han demostrado irresistibles para un público cautivo de las redes sociales. [...]»

«Una vez se tiene a la gente organizada y radicalizada, las propias redes sociales proporcionan el fósforo que prende este polvorín. El miedo colectivo y la sensación de amenaza creados por la retórica y los vídeos extremistas inclinan la balanza hacia quienes se mueren de ganas de luchar. Según Erica Chenoweth, estos emprendedores de la violencia casi siempre intentan introducirse en movimientos de resistencia no violenta y empujarlos hacia el extremismo, y la manera más fácil de hacerlo es mediante las redes sociales, donde pueden agitar y provocar con gran efecto. [...]»

¿ESTAMOS CERCA?

«A mediodía, cuando el presidente Trump hizo aparición para dirigirse a ellos, la concentración «Save America» contaba ya con varios miles de integrantes. La multitud estaba impaciente. En las semanas transcurridas desde los comicios presidenciales de noviembre, Trump se había negado a admitir que había perdido la contienda electoral frente al demócrata Joe Biden y había insistido por activa y por pasiva en que un fraude electoral generalizado le había robado su victoria arrolladora. Los demócratas, afirmaba, habían trabajado entre bastidores, estado por estado, para asegurarse de que perdiera. [...]»

«Trump estaba encantado. Movimientos de base, junto con operativos y donantes republicanos, habían ayudado a organizar la concentración, y el propio Trump había tomado cartas en el asunto para asegurarse de que tuviera una buena convocatoria, tuiteando, el 19 de diciembre: «Gran protesta en [Washington] D. C. el 6 de enero. ¡Venid! ¡Va a ser una pasada!».»

««¡Hoy no es el final! — arengó el presidente a la multitud congregada en La Elipse—. ¡Esto solo es el princi-pio!»5 Era una muchedumbre heterogénea, integrada por veteranos, empresarios, agentes de la propiedad inmobiliaria, abuelos, madres, un legislador estatal, un antiguo deportista olímpico, miembros de los Proud Boys con gorros naranjas... La mayoría de los asistentes eran blancos. La mayoría eran hombres.»

«Pero, para la multitud congregada en La Elipse aquella mañana de enero, las palabras del presidente no eran una abstracción. Les estaba asignando una misión: salvar la integridad de su gloriosa república. “Si no lucháis con todas vuestras fuerzas — les dijo—, despedíos de vuestro país.” De hecho, se dirigían ya en masa hacia el Capitolio incluso antes de que Trump concluyera su discurso.»

«Como todos los estadounidenses, los hechos del 6 de enero me conmocionaron. Pero, al mismo tiempo, se me antojaron muy familiares. [...] Una parte de mí no quería aceptar las implicaciones de lo que estaba viendo. Pensé en Daris, de Sarajevo, a quien incluso años después le costaba entender cómo las gentes de su país multicultural y vibrante se habían enfrentado con tal

violencia entre sí. “Esto es Estados Unidos — pensé—. Se nos conoce por nuestra tolerancia y nuestra veneración de la democracia.”»

«Pero es precisamente ahí donde la ciencia política, con su enfoque estructurado para analizar la historia al tiempo que se desarrolla, puede resultar tan útil. Nadie quiere creer que su querida democracia está de capa caída, ni que se encamina hacia una guerra; la decadencia suele ser tan paulatina que la población no suele percibirla o entenderla, aunque la esté experimentando. Cualquier analista de un país extranjero que contemplara los acontecimientos en Estados Unidos tal como los contemplaría en Ucrania, Costa de Marfil o Venezuela, revisaría su lista de comprobación y evaluaría cada una de las condiciones que auguran la posibilidad de una guerra civil. Y lo que descubriría es que Estados Unidos, una democracia fundada hace más de dos siglos, se ha adentrado en un terreno pantanoso. La primera condición — la proximidad del país a la anocracia. [...]»

«Estados Unidos es una anocracia por primera vez en más de doscientos años.²⁵ Asimilémoslo. Ya no es la democracia continua más antigua del mundo. Ese honor lo ostenta ahora Suiza, seguida por Nueva Zelanda y luego por Canadá. Ya no somos equiparables a países como Canadá, Costa Rica y Japón, todos los cuales tienen una puntuación de +10 en el índice de régimen político Polity. [...]»

«Con todo, no podemos ignorar lo ocurrido, ni la velocidad a la que se ha producido. Los estadounidenses acostumbramos a concebir nuestra democracia como la mejor del mundo — incluso hemos exportado nuestra Constitución a países de Europa del Este y Latinoamérica—, pero hemos hecho la transición de una democracia plena a una anocracia en solo cinco años. Y aunque no se haya producido tan rápido como en los países que se han visto inmersos en guerras civiles (y que normalmente registran un descenso de seis o más puntos en el índice de régimen político Polity en un plazo de tres años), no andamos lejos. [...]»

« Una democracia parcial tiene el triple de posibilidades de sufrir una guerra civil que una democracia plena. Y recordemos, también, que el riesgo de guerra civil de una democracia en decadencia se incrementa de manera significativa justo después de entrar en la zona de la anocracia. Un país situado en ese umbral, como lo está ahora Estados Unidos, con un +5, puede verse fácilmente impelido al conflicto mediante una combinación de mal gobierno y un incremento de las medidas antidemocráticas que debiliten aún más sus instituciones.³⁴ La recuperación de posiciones de Estados Unidos en la escala de democracia dependerá, por un lado, de que se consiga con-vencer al electorado de que la democracia funciona (y es esencial para su seguridad) y, por el otro, de que los gobernantes reconstituyan sus controles y protecciones. [...]»

« Apelando a sus preocupaciones políticas fundamentales, como el derecho a la tenencia de armas, y aprovechando sus inquietudes con respecto a la inmigración y los cambios en la demografía racial en Estados Unidos (se prevé que los blancos sean minoría en 2045), los republicanos han conseguido obtener una fracción cada vez más y más amplia del voto rural blanco. Por su parte, el Partido Demócrata se ha definido cada vez más como un partido urbano haciendo justo lo contrario, a saber: intentar reducir la violencia restringiendo el acceso a las armas y aceptando la diversidad que está reconfigurando las ciudades estadounidenses. En la actualidad, la división entre el mundo rural y el urbano es, en realidad, una división entre ciudadanos con una orientación nacional y ciudadanos con una orientación internacional. [...]»

«Todo esto se vio exacerbado por las redes sociales. Justo en el momento en el que los dos partidos divergían por motivos de identidad, Twitter hizo explosión, el uso de Facebook se generalizó y las redes sociales pasaron a estar cada vez más presentes en nuestras vidas. Y un

aspecto esencial: una serie de alborozados emprendedores étnicos cayó en la cuenta de que podía lograr una valoración e influencia mayores ahondando en dicha división. Los titanes mediáticos cuyos balances finales se veían mejorados por cada uno de esos clics alimentaron a la población con contenido cada vez más polarizado. [...]»

«Y en medio de este marasmo político irrumpió el mayor emprendedor étnico que existe: Donald Trump. En su apuesta por el poder, Trump enseguida se dio cuenta de que la apelación identitaria podía galvanizar a su base política. En el pasado ya había librado una cruzada racista al cuestionar el lugar de origen de Obama. Sin embargo, ahora adoptó la política identitaria de manera explícita y con sumo gusto. Pintó a los estadounidenses negros como pobres y violentos. Se refirió a los mexicanos como delincuentes. Y se dedicó a hablar de valores cristianos, pese a las numerosas acusaciones de agresión sexual que pendían sobre él. [...] **Y con todo ello, Trump alentó la división en facciones por motivos étnicos. Es exactamente lo mismo que hizo Tudjman cuando, en el marco de su plan por convertirse en presidente de una Croacia independiente, empezó a consolidar a los croatas en una facción étnica en 1989.⁴⁴ Es también lo que hicieron los extremistas hutus cuando calificaron a los tutsis de cucarachas y a los hutus como el pueblo escogido. Es lo que el presidente Henri Konan Bédié hizo en Costa de Marfil a mediados de la década de 1990, cuando revocó sus políticas a favor de los inmigrantes para conseguir más votos entre la población autóctona. Y es lo que sigue haciendo Modi al promover una India principalmente para los hindúes.**»

«Los estadounidenses blancos veían a jóvenes de países como la India y China, jóvenes cuya lengua materna no era el inglés y cuya religión no era el cristianismo, obtener empleos lucrativos en el sector de las tecnologías y vivir un sueño americano que había dejado de existir para ellos. Trump intuyó que esta honda sensación de alienación podía conducirle al poder. De manera que no solo se centró en recalcar la división, denigrando a los musulmanes y los americanos negros como «el otro», sino que subrayó la degradación de la antigua mayoría blanca, los hijos de la tierra de Estados Unidos. Como otros emprendedores étnicos que lo precedieron, encuadró los agravios de los hombres estadounidenses blancos, cristianos y rurales en un contexto simplificado que los pintaba como víctimas despojadas de sus derechos. [...]»

«El énfasis puesto por Trump en este resentimiento se ha visto amplificado por otros emprendedores étnicos cuyas teorías de la conspiración y medias verdades han alimentado a una opinión pública vulnerable convencida de estar siendo atacada. La web de noticias Breitbart News, dirigida por el principal estratega de la campaña de Trump, Steve Bannon, hacía hincapié en lo que el propio Bannon denominaba noticias «de ultraderecha». En especial, se ponía el foco en los peligros de la inmigración y en la imposición de la ley islámica en Estados Unidos. [...]»

«La CIA lleva décadas indagando en esta cuestión, en un intento por aplacar las insurgencias en todo el mundo o, dicho de otro modo, por prevenir las guerras civiles antes de que estallen. Aunque la misión de esta agencia es proporcionar a Estados Unidos datos de inteligencia acerca de países extranjeros, un informe desclasificado de 2012 arroja luz sobre cómo suele evolucionar el extremismo doméstico. La mayoría de las insurgencias, señala dicho informe, «atravesas por fases similares de desarrollo durante su ciclo vital». ⁷⁸ En la fase previa a la insurgencia, un grupo identifica un conjunto de agravios comunes y construye una identidad colectiva en torno a un relato apasionante, la historia o el mito que ayuda a atraer a simpatizantes y a justificar sus acciones. Entonces comienzan a reclutar a miembros, algunos de los cuales incluso viajan al extranjero para recibir entrenamiento militar. Y empiezan a hacer acopio de armas y provisiones. Estados Unidos probablemente entrara en la fase previa a la insurgencia a principios de la década de 1990, con la formación de milicias en la estela del mortal ase-dio a Ruby Ridge en Idaho [...] La segunda fase de la insurgencia, que la CIA denomina la fase de conflicto incipiente, se caracteriza por acciones violentas de baja intensidad.⁸⁴ El atentado de Timothy

McVeigh en Oklahoma podría considerarse el primero de estos ataques, un incidente que se adelantó varios años a su momento. El objetivo de los insurgentes es comunicar su misión al mundo, recabar apoyos y provocar una reacción desmedida a su violencia por parte del Gobierno para que ciudadanos más moderados se radicalicen y se unan a su movimiento. »

«¿En qué punto se encuentra Estados Unidos en la actualidad? El país es una anocracia dividida en facciones que se aproxima rápidamente a la fase de insurgencia manifiesta, lo cual significa que está más cerca de la guerra civil de lo que ninguno de sus ciudadanos creería. El asalto al Capitolio ha impedido al Gobierno restar importancia a la amenaza que las organizaciones de ultraderecha suponen para Estados Unidos y su democracia. [...] De hecho, el asalto al Capitolio podría ser perfectamente el primero de una serie de atentados organizados en una fase de insurgencia manifiesta: se dirigió contra infraestructuras, había planes de asesinar a ciertos políticos e intentos de coordinar las acciones, y, además, implicó a un gran número de milicianos, algunos de ellos con experiencia en combate.»

¿CÓMO SERÍA UNA GUERRA?

«La mañana del martes 14 de noviembre de 2028, el portavoz de la Cámara de Representantes de Wisconsin, Justin Lawrence, sube al estrado para llamar al orden a la legislatura estatal. Antes de que pueda hablar, estalla una bomba que hace añicos el enorme tragaluz y una lluvia de cristales cae sobre la ornamentada sala de la segunda planta del edificio. [...] A medida que los rumores de las bombas se propagan, los estadounidenses abandonan sus quehaceres para sentarse frente a los teledispositivos y navegan frenéticamente por las redes sociales. [...] James Demick, el jefe de los teledispositivos de la CNN, informa de que siete edificios de capitolios estatales han sido atacados. La CNN también ha recibido noticias de que, horas antes, agentes del Servicio Secreto han desarticulado una trama para asesinar a la presidenta electa de la nación, Kamala Harris,* mientras pronunciaba un discurso en el que anunciaba su intención de prohibir las armas de asalto, y Fox News informa de otro magnicidio frustrado dirigido contra el gobernador demócrata de California. [...] No está claro quién está detrás de los ataques ni por qué se han elegido estos objetivos. [...] En el transcurso de los diez días siguientes, continúan los atentados esporádicos, esta vez en Los Ángeles, Boston, Tallahassee, Miami y Nueva Orleans. Y también se va ampliando su alcance. Ahora se dirigen contra escuelas, iglesias y grandes almacenes. La población tiene la sensación de que el Gobierno del país ha colapsado. [...] Los milicianos se hacen más visibles y, a menudo, se proclaman los vigilantes de los vecindarios, si bien en realidad lo que hacen es hostigar selectivamente a jóvenes negros, latinos y asiáticos. [...] Los estadounidenses de izquierdas empiezan a constituir sus propias milicias para proteger a sus familias y sus vecindarios. Las fuerzas de la ley y el orden y los agentes federales pasan cada vez más a un segundo plano, convirtiéndose en jugadores secundarios de un concurso a gran escala entre milicias locales conforme cada vez más y más ciudadanos eligen con qué grupo alinearse. El 13 de enero de 2029, una semana antes de la investidura, partidarios de la que pronto será proclamada presidenta Harris se manifiestan en Detroit exigiendo una legislación más estricta del control de armas y el despliegue de tropas federales para proteger su ciudad. [...] De repente, alguien dispara dos tiros y la multitud se dispersa. Intervienen agentes federales de paisano. Rocían con gas lacrimógeno a la excitada muchedumbre y luego disparan pelotas de goma al grupo de milicianos que parece haber iniciado el tiroteo. Enseguida llegan a internet vídeos de milicianos ensangrentados. Enfadados, sus simpatizantes se lanzan a las calles secundarias, cargados con bates de béisbol para destrozar parabrisas en su huida. Prenden fuego a una pancarta en la que se lee «Black Lives Matter» y la lanzan al interior de un coche a través de la ventanilla; las llamas devoran el vehículo. Emma Jones, la hija de doce años de uno de los milicianos, es trasladada de manera urgente al hospital con quemaduras. Al día siguiente, fallece en la unidad de cuidados intensivos. [...] El *hashtag* #Fight4Emma se hace viral en las

redes sociales. En YouTube, *influencers* de QAnon advierten a sus seguidores de que la Tormenta finalmente ha llegado.»

«Cuando los estadounidenses piensan en la guerra civil, evocan la primera guerra civil de su país, la guerra de Secesión, que se prolongó entre 1861 y 1865. Se imaginan a oficiales a caballo, a soldados de la infantería con uniformes azules y grises cargando los unos contra los otros en inmensos campos de batalla. [...] Una guerra civil así, concluyen, no podría suceder de nuevo. Para empezar, tanto el Gobierno como el Ejército estadounidenses son mucho más fuertes en la actualidad.»

« Sin embargo, pensar de este modo, es decir, pensar en la guerra civil solo en estos términos, es tener poca imaginación. Y lo es porque las guerras civiles presentan un aspecto muy distinto en la actualidad. Quienes libran la guerra contra sus Gobiernos en el siglo XXI tienden a evitar el campo de batalla, porque son conscientes de que casi con total certeza perderían en una guerra convencional contra un Gobierno poderoso. En lugar de ello, optan por la estrategia de los débiles: la guerra de guerrillas y el terrorismo. Y cada vez más, las campañas terroristas domésticas se dirigen contra Gobiernos elegidos democráticamente. El terrorismo puede ser muy eficaz en las democracias porque sus objetivos, los ciudadanos, tienen poder político: pueden votar en contra de los dirigentes que son incapaces de detener los atentados. Los terroristas del IRA Provisional, Hamás y los Tigres Tамиles estaban convencidos de que cuanto más dolor infligieran al ciudadano medio, más probable era que sus Gobiernos les hicieran concesiones a cambio de la paz. [...]»

«Si Estados Unidos vive una segunda guerra civil, los combatientes no se enfrentarán en campos de batalla ni vestirán uniforme. Es posible que ni siquiera tengan comandantes. Saldrán de entre las sombras y volverán a ocultarse entre ellas, y se comunicarán a través de foros de mensajería y redes encriptadas. »

«[...] Cada vez más, las guerras civiles implican algún tipo de limpieza étnica, y, gracias en parte a estos textos, existen motivos para sospechar que es ahí adonde desembocaría una campaña intensificada de terrorismo de ultraderecha en Estados Unidos. En su ambición por reconfigurar el orden social del país, los terroristas intentarían volver a los ciudadanos en contra del Gobierno federal, convencer a los moderados de aceptar el nuevo *statu quo*, intimidar a las minorías para que no alzarán la voz y disuadir a nuevos inmigrantes de viajar al país. »

« La tercera fase es la «discriminación», que se da cuando un grupo dominante niega o suprime los derechos de los demás mediante la ley o la costumbre,¹⁵ tal como hizo la mayoría budista en Myanmar al despojar a los rohinyás del derecho al voto, de sus empleos y de la ciudadanía. La fase cuatro, o «dehumanización», se produce de manera natural a continuación: quienes ostentan el poder utilizan el discurso público para enfrentar a los ciudadanos corrientes con los integrantes de la minoría en la diana, denigrándolos y tachándolos de delincuentes (como hicieron los serbios con los bosniacos) o de infrahumanos (como cuando los hutus llamaban «cucarachas» a los tutsis). [...] A continuación viene la quinta etapa: la fase de «organización ». En esta fase, un grupo dominante empieza a reunir un ejército o una milicia y a urdir planes para erradicar a otros grupos.»

« [...] Estados Unidos se encuentra justo en este punto en la actualidad, inmerso de pleno en la quinta fase, quizá adentrándose en la sexta. Las milicias, que proliferaron durante la era Obama, han ido organizándose, formándose y armándose cada vez más.²² Stewart Rhodes, veterano del ejército y graduado por la Escuela de Derecho de Yale, fundó Oath Keepers en 2009 y lleva hablando de la guerra civil desde entonces. [...] En la actualidad, los extremistas estadounidenses suscriben una idea conocida como aceleracionismo: la creencia apocalíptica en que la sociedad

moderna no tiene remedio y hay que precipitar los acontecimientos para que pueda establecerse un nuevo orden. En cierto sentido, es su manera de decir que hay que acelerar el ascenso del país por la escala de la insurgencia y quizá hacia una limpieza étnica. Sus adeptos creen que no están progresando lo suficiente mediante los métodos tradicionales, como concentraciones o la elección de políticos de derechas, a resultas de lo cual es necesario precipitar el cambio a través de la violencia.»

« [...] lo hacen esperanzados en que ello detonará una reacción en cadena de violencia que, a su vez, impulsará a los ciudadanos moderados (ahora atentos a la opresión gubernamental y la injusticia social) a unirse a su causa. MacNab incluso contempla la posibilidad de que los partidarios de la extrema derecha se alíen con la extrema izquierda: «Me da la impresión de que algunos grupos que por tradición comulgaban con la izquierda radical se han dado cuenta de que están en el mismo barco. Están igual de descontentos. Se sienten marginados. No tienen ningún control sobre sus vidas, sobre el Gobierno ni, en general, sobre nada. Y esta es su manera de reaccionar»»

«La naturaleza cada vez más difusa y en rápida expansión de estos grupos extremistas nacionales puede hacer que resulte difícil penetrar en ellos y predecir sus acciones. Ahora bien, echar un vistazo a cómo se han preparado los terroristas para la batalla y cómo la han ejecutado en otras democracias puede ayudarnos a imaginar cómo podría desarrollarse una guerra civil en Estados Unidos. En paralelo a las múltiples bases de datos extensas que examinan la multiplicidad de factores que conducen a la guerra civil existen otras que analizan las numerosas dimensiones de las campañas de terrorismo organizadas.»

«Una última estrategia de terror es «arruinar» los avances. Los terroristas recurren a esta táctica cuando temen que grupos más moderados, los que abandonarían la violencia a cambio de, por ejemplo, concesiones en inmigración por parte del Gobierno, lleguen a acuerdos y subviertan el objetivo más general de establecer un nuevo etnoestado. Esta estrategia suele entrar en juego cuando las relaciones entre grupos insurgentes más moderados y el Gobierno mejoran y se prevé un acuerdo de paz inminente.»

«[...] la séptima fase es importante porque es cuando la lógica del genocidio fragua como una estrategia de autodefensa. Es habitual pensar que la limpieza étnica está espoleada por el odio. Y, en efecto, hay odio, pero el verdadero acicate es el miedo, el miedo a sentirse amenazado y vulnerable.⁵⁵ Los emprendedores de la violencia aprovechan esta inquietud y explotan el instinto de supervivencia que nos impulsa a destruir a nuestro enemigo antes de que él nos destruya a nosotros.»

«Un país no necesita la involucración de una gran parte de la población para que se dé una limpieza étnica violenta. Números reducidos de ciudadanos fuertemente armados, ayudados por las fuerzas de seguridad y el Ejército, suelen bastar para pasar a la novena fase, el «exterminio». De hecho, Benjamin Valentino, de Dartmouth, descubrió que un número asombrosamente reducido de personas puede organizarse y movilizarse para cometer un genocidio masivo.⁶⁴ Lo único que hace falta es que el resto de la población permanezca pasiva, cosa que puede conseguirse con facilidad mediante la intimidación. [...] Estados Unidos no se encuentra al borde del genocidio. Pero si las milicias se ampliaran rápidamente y los emprendedores de la violencia consiguieran extender entre la ciudadanía la idea de la necesidad de la autodefensa, la séptima fase podría perfilarse en el horizonte.»

« [...] Con todo, tal vez lo más preocupante sea que quienes verían con buenos ojos un «mandato militar» han pasado de ser solo un 7 por ciento en 1995 a un 18 por ciento en el presente.⁷¹

Estados Unidos tuvo la suerte de que su primer presidente autócrata moderno no fuera inteligente ni tuviera experiencia en política.»

¿CÓMO EVITAR UNA GUERRA CIVIL?

«[...]Sudáfrica reunía todos los factores de riesgo asociados con la guerra civil: el país era una anocracia en 1988 y llevaba siéndolo varias décadas, con una puntuación de solo un +4 en la escala de régimen político Polity. Había un Gobierno en minoría que excluía a la población del poder por cuestiones de raza, y los ciudadanos blancos se consideraban los herederos por derecho del país. Entendían que cualquier concesión a un mandato de la mayoría redundaría en una pérdida de estatus político para ellos. La situación era similar en Rodesia, un país situado justo al norte de Sudáfrica, donde se había vivido una brutal guerra civil. Pero entonces ocurrió algo que alejó a Sudáfrica del borde del precipicio. En 1986, en respuesta a la creciente opresión por parte del Gobierno del *apartheid*, los principales socios comerciales del país, a saber: Estados Unidos, la Comunidad Europea y Japón, le impusieron sanciones económicas. »

«Sudáfrica se hallaba más cerca de la guerra civil en 1989 de lo que Estados Unidos lo está hoy. [...] Sudáfrica es un ejemplo del enorme poder que tienen los dirigentes, tanto los empresariales como los políticos y los líderes de la oposición. Pueden llegar a acuerdos ante situaciones de peligro o pueden optar por luchar. Botha eligió luchar. De Klerk y Mandela escogieron colaborar. Mandela y otros líderes negros podrían haber rechazado los términos que permitían a los blancos retener un poder político y económico considerable. De Klerk podría haberse negado a conceder a la población negra plenos derechos civiles y el control mayoritario del Gobierno. Botha no había estado dispuesto a hacer lo que hizo De Klerk. Y lo mismo cabe decir con respecto al presidente Asad en Siria. [...] Al Maliki no hizo concesiones a los suníes iraquíes. Mandela, que en un principio se había posicionado a favor de la resistencia violenta, podría haber abogado por la violencia étnica, es decir, podría haberse convertido en un emprendedor étnico apelando a la ira y al resentimiento de sus conciudadanos negros para hacerse con el control pleno de Sudáfrica a través de una guerra civil. Pero, en lugar de ello, predicó el perdón, la unidad y la paz. Fueron los líderes al mando quienes evitaron a Sudáfrica más conflicto y derramamiento de sangre.»

«La violencia suele estar instigada por un sentimiento de injusticia, desigualdad e inseguridad, así como por la sensación de que el sistema actual no servirá para solventar esos agravios y temores. Pero los sistemas pueden cambiarse. Nadie pensaba que los sudafricanos blancos fueran a reformar un sistema diseñado específicamente para cimentar su predominio. Sin embargo, cuando los costes de mantener dicho predominio se volvieron demasiado elevados y los empresarios afectados por las sanciones insistieron en adoptar reformas, lo desmantelaron. Y si Sudáfrica pudo reformarse, Estados Unidos también puede hacerlo. [...] Las guerras civiles son un fenómeno poco frecuente — en un año cualquiera, menos de un 4 por ciento de los países que reúnen las condiciones para la guerra acaban sucumbiendo a un conflicto armado, pero cuando se producen, tienden a repetirse.»

«Hasta este estudio, sabíamos que la anocracia exponía a un país a un mayor riesgo de guerra civil, pero desconocíamos exactamente por qué. ¿Qué tenían las anocracias que las hacía especialmente vulnerables? O, dicho con otras palabras, ¿qué rasgos de la democracia eran más o menos relevantes? Fearon averiguó que «todos los aspectos positivos suelen ir de la mano»,⁸ si bien había tres rasgos que sobresalían: «el imperio de la ley» (la aplicación igualitaria e imparcial de los procedimientos legales), «la voz y la representación» (el grado en que los ciudadanos pueden participar en la selección de su Gobierno, así como la libertad de expresión, la libertad de asociación y una prensa libre), y la «eficacia gubernamental» (la calidad de los servicios públicos y la calidad e independencia de los servicios civiles). Estos tres rasgos reflejan

el grado en que un Gobierno sirve a su población y el grado en el que sus instituciones políticas son sólidas, legítimas y rinden cuentas. Las mejoras en la gobernanza tienden a reducir el riesgo subsiguiente de guerra.»

PENÍNSULA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat Farran

Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es